

Buenos Aires, 1898

El momento iberoamericano en clave positivista

Daniel Omar de Lucía

Fin de siglo en la capital cultural del Cono Sur

Intentaremos una aproximación a los análisis hechos en círculos positivistas argentinos y de sudamericanos residentes en la Argentina, a fines del siglo XIX, sobre la guerra hispano-norteamericana, entre otras cuestiones vinculadas a la vida política e intelectual de Iberoamérica. El positivismo fue la filosofía de los equipos gubernamentales de las oligarquías iberoamericanas en la segunda mitad del siglo XIX, pero también animó la vida de ámbitos de reflexión autónomos de las situaciones políticas dominantes. En el punto en que las ideas básicas de esta corriente se unían con las estrategias de distintos grupos políticos y sociales hallamos la lectura de los positivistas sobre la crisis del imperio español y sus repercusiones iberoamericanas.

Tradición antihispanista y revisionismo finisecular

El contexto de estos análisis sobre la guerra de 1898, es la revisión iniciada por parte de los intelectuales iberoamericanos de su actitud frente a la búsqueda de modelos políticos y culturales tomados de los países avanzados. Durante las primeras décadas de vida independiente de las repúblicas criollas esta cuestión se solucionaba con la admiración acrítica hacia dos o tres países (Inglaterra, Estados Unidos) junto con la condena del legado español como causa de todos los males del subcontinente (caudillismo, oscurantismo, corrupción). Hacia fines de siglo el antihispanismo rabioso de los liberales criollos dejó paso a una revisión de la imagen de España en función de rescatar aquellos elementos que permitieran consolidar la identidad nacional en el marco de una identidad común iberoamericana (lengua, cultura). En el espacio del positivismo argentino finisecular convivían un antihispanista anglómano como Agustín Alvarez con otras expresiones más interesadas en un rescate parcial del legado cultural espa-

ñol. Poco a poco comienzan a revisarse esquemas de interpretación de la realidad para adaptarlos a los nuevos desafíos a los que las clases dominantes nativas debían responder.

La guerra hispanoamericana y la relación entre países semicoloniales y potencias imperialistas

Efectivamente, hacia fines del siglo XIX puede constatararse una nueva actitud de las clases dominantes iberoamericanas en su forma de entender la relación entre naciones periféricas y centrales, y entre los distintos países del continente. La consolidación de los Estados nacionales permitió la ocupación efectiva del territorio, proceso acompañado de tensiones fronterizas. La incorporación de las distintas economías primarias al mercado mundial en la etapa imperialista, redobló el interés de los gobiernos criollos por conservar cierto espacio de decisión en relación con las metrópolis neocoloniales. En la Argentina la necesidad de consolidar la identidad nacional permitió la formación de una red de aparatos ideológicos donde los cuadros intelectuales del Estado definieron su campo de poder funcional con la hegemonía que el bloque dominante ejercía sobre la sociedad. La historiografía, la geografía, etc., se constituyeron en vehículo de este proto-nacionalismo liberal con que las oligarquías criollas reforzaron su posición en el Estado-nación y encararon su relación con los otros estados.

En la Argentina una de las expresiones de esta política fueron las revistas de ciencias sociales puestas al servicio de la reivindicación de cuestiones limítrofes y su fundamentación jurídica. *La Revista de Derecho, Historia y Letras* dirigida por el diplomático y canciller de varios gobiernos, Estanislao Zeballos y *La Revista Nacional*, publicada por Adolfo Carranza, director del Museo Histórico Nacional, se inscriben en esta línea. Estas publicaciones se ocuparon durante 1898 de las dos cuestiones internacionales que afectaban a la opinión pública argentina: la guerra hispanoamericana y el conflicto de límites argentino-chileno. *La Revista de Derecho...* publicó dos artículos sobre la resolución de la guerra en Filipinas y las consecuencias del conflicto en las relaciones internacionales. *La Revista Nacional* publicó un artículo por entregas sobre la situación de Cuba durante la emancipación americana y la política de Bolívar para con Cuba, y otro artículo sobre la guerra, del haitiano Eduardo Poujol, donde se advertía del peligro del expansionismo yanqui. El tono de estas colaboraciones era favorable a la independencia definitiva de las colonias españolas y de condena a la intervención estadounidense, asociada a cierta admiración por el

país del Norte. Estas revistas, que reflejaban los puntos de vista de equipos formados por cuadros intelectuales del Estado conservador, trataban de sacar lecciones de la guerra de Cuba para apoyar la estrategia argentina frente a los conflictos limítrofes. Un artículo de Estanislao Zeballos criticaba el fallo de la diplomacia yanqui sobre la Puna de Atacama y describía a EE.UU. como una potencia maquiavélica que ignoraba la soberanía de los países latinoamericanos: «Ignoraban los políticos argentinos cuando pactaron este arbitraje, que la Europa observaba a los Estados Unidos por su conducta en Filipinas, y que los vencedores de Cavite y Manila respondían: «Es cierto que venimos con el único objeto accidental de destruir una escuadra española. Pero ya que ocupamos las islas ¿las conservaremos?» (RDHYL).

La crítica de Zeballos al arbitraje norteamericano ponía en duda la idoneidad de los Estados Unidos en este tipo de soluciones diplomáticas, a la luz de la política agresiva que aplicaba en Filipinas y Cuba. El mecanismo de arbitraje suponía un respeto por la soberanía de los Estados criollos que la guerra de 1898 ponía entre paréntesis. Las naciones latinoamericanas debían afirmar sus derechos ante la aparición de potencias que recurrían a una política agresiva. En el caso argentino esta estrategia eximía de cualquier cuestionamiento a la dependencia con la metrópoli tradicional (Gran Bretaña) que no recurría a la intervención armada para mantener su liderazgo. La estrategia de estos cuadros del Estado nacional se basaba en reafirmar el grado de madurez de las naciones del subcontinente. El esquema positivista de la incorporación plena de las distintas regiones del planeta en el seno de la civilización moderna apoyaba este discurso. Un artículo del chileno P. Alonso, presidente del *Congreso Científico Latinoamericano* (Buenos Aires, 1898), en la *Revista de Derecho...* repetía las diatribas clásicas contra la herencia española en América, elogiaba la sociedad norteamericana y evaluaba en estos términos el progreso del subcontinente: «Han tomado algún vuelo las industrias y el comercio. El conjunto de estos procesos ha hecho mejorar sin duda la sensibilidad general. Con esa fuerza incontrastable de la naturaleza que tiende a la horizontal en las aguas y al orden en las sociedades, nuestros países van entrando en la normalidad, van haciéndose países» (RDHYL).

Esta necesidad de recalcar el grado de madurez alcanzado por las naciones latinoamericanas llevó a la revalorización de las raíces culturales hispánicas. Revisionismo que no absolvía a España de sus viejas culpa pero que rescataba los elementos del pasado colonial funcionales a la consolidación de una identidad común. Desde el espacio donde los intelectuales organizaban las culturas del Estado-nación, no se promovía una celebra-

ción de la hispanidad, sino la afirmación de una identidad iberoamericana frente a la América anglosajona. Esta estrategia discursiva la encontramos en un discurso del pedagogo positivista J. A. Zubiaur en Concepción del Uruguay (provincia de Entre Ríos) a comienzos de 1898, al inaugurarse un monumento a los fundadores del Colegio Nacional de esa ciudad. Zubiaur recordó la figura del procer entrerriano Justo José de Urquiza, ligando la tradición educativa liberal de la provincia con la lucha por la consolidación de la nacionalidad y la identidad iberoamericana: «Obra de gran previsión patriótica fue crearla [la escuela] en los álgidos momentos que dominaba la tiranía, y tanto más digna de encomio cuanto que se pretendió convertirla en el foco de calor patriótico y de luz intelectual donde convergiese la juventud privilegiada del virreinato del Río de la Plata, deshecho por el caudillaje receloso, menospreciado por la tiranía ignorante y que el sentimiento latinoamericano, de que es portaestandarte el pueblo argentino, quisiera ver reconstituido para honor de las instituciones republicanas y para salvaguarda del destino de los pueblos que amamantó el león hispano» (LE).

Este novedoso iberoamericanismo estaba orientado, entre otras cosas, a resaltar el rol de los cuadros intelectuales del Estado en la consolidación de la identidad nacional. El *Congreso Científico Latinoamericano*, celebrado en 1898 en Buenos Aires, organizado por la *Sociedad Científica Argentina*, con auspicio del gobierno nacional, expresa esta misma tendencia en las declaraciones que aprobó: «1. Los pueblos americanos de origen español deben unirse, formando una sola confederación, tanto por que *están amenazados en un porvenir cercano*, cuanto porque la unión es un medio de evitar reyertas entre sí por la división del patrimonio. 2. El título del *Congreso científico Latinoamericano* debería ser *científico iberoamericano*». (*Primera reunión del Congreso científico...*; 1900. Primera cursiva mía, segunda cursiva en el original).

En esta declaración convergen los debates en un foro científico con las posiciones de los equipos gubernamentales iberoamericanos. En el mundo finisecular la adopción de modelos tomados de los países centrales se tornaba crítica y selectiva. España aportó los elementos básicos de la identidad nacional e iberoamericana. Los belicosos Estados Unidos podían aportar ideas para mejorar el nivel económico y el sistema político; pero en otro terreno había que mantener distancia de su abrazo de oso y pasar por un filtro muchos rasgos de su sociedad irreproducibles en Latinoamérica. En el primer número de la *Revista de Derecho...*, Estanislao Zeballos expresa este sentimiento: «Las sociedades latino-americanas conservan los caracteres geniales de la raza fundadora. Su índole, moral, enérgica y